

“LA INDUSTRIA, UNA FORMA DE VIDA”

Orlando Castellani

Los orígenes

Nací en la ciudad santafecina de Las Parejas, un 30 de diciembre de 1936. Fui el segundo de tres hermanos, en una familia de ascendencia italiana. Mi padre, Luis Pedro, era carnicero. Mi madre, Josefa, ama de casa. Ya desde la primaria fui enfilando hacia una trayectoria empresarial, influenciado especialmente por mi padre. Siempre me gustaron los números, por eso mi materia favorita era matemática. También de muy joven me fueron inculcando una cultura de trabajo. A los nueve años, ya ayudaba en la caja de la carnicería familiar.

Esa primera formación empresarial se completó con la influencia de una maestra, que un día me contó una fábula que me marcó. Tratava sobre un perro que estaba comiendo un trozo de carne. De pronto, alzó la vista y vio la sombra de su comida. Como le pareció más grande, fue a su búsqueda. Pero no había nada. Cuando regresó, la carne había desaparecido. Esta historia, en



Orlando Castellani, segundo desde la izquierda en la fila de abajo, en la escuela.

aparición tan sencilla dejó una profunda huella en mí. Me enseñó a ser paciente y conservador, a valorar lo que tengo.

En Las Parejas no había colegio secundario, así que estudié el bachillerato comercial en el Instituto Politécnico de Cañada de Gómez, a veinticinco kilómetros de nuestra localidad. Como no teníamos ruta pavimentada, muchas veces debí viajar en tren de carga. En aquel entonces, yo ya trabajaba muchas horas en la carnicería. Los fines de semana eran duros y plenos de responsabilidad. Como el negocio abría de madrugada, desde joven adquirí la costumbre de acostarme temprano.

Apache

En 1957, un grupo de vecinos de Las Parejas fundó la fábrica de maquinaria agrícola Apache. Años después, mientras la empresa atravesaba dificultades económicas, convocaron a mi hermano mayor, Abel, para que asumiera la gerencia general. Él fue quien luego me convocó para trabajar en Apache. Me incorporé a comienzos de la década del '70, en el área administrativa.

Y por aquel entonces, yo ya estaba casado con Marta, a quien conocí porque era cliente de la carnicería. Nos casamos en el '64, y pasamos nuestra luna de miel en Bariloche. Aquellas eran épocas de gran actividad. Trabajaba quince o más horas por día. Al pensarlo actualmente, opino que debí ser más equilibrado, para poder también ocupar y desarrollar otros espacios.

El esfuerzo, sin embargo, no fue en vano. Pudimos recuperar a Apache de la difícil situación en que se encontraba, y la convertimos en una firma importante. Nuestras sembradoras se ganaron una sólida reputación por su confiabilidad. Y así fuimos avanzando, superando las distintas crisis que se nos pusieron en el camino. Los tiempos que siguieron al Rodrigazo fueron duros. No vendíamos prácticamente nada, pero con esfuerzo, excelente equipo y buena estrategia, logramos superar este difícil período.

La semilla de Ombú

En septiembre de 1990, decidí dejar la dirección de Apache, que tiempo después quedó en manos de mi hermano menor Carlos. Empecé a trabajar en Azteca, una empresa familiar de implementos agrícolas cuyas instalaciones y socio fundador era mi suegro don José Rotelli, y que hasta entonces había funcionado como una subsidiaria de Apache. Fue precisamente don José Rotelli quien nos abrió las puertas para este nuevo emprendimiento.



Orlando y Marta Castellani.

Comenzamos con doce personas, fabricábamos solamente dos o tres productos con la gerencia del Sr. Horacio Carlachiani, un ex Apache con quien hace cuarenta años trabajamos juntos. Yo creía que mi experiencia en la anterior empresa me haría las cosas más sencillas. Además, yo disponía de una importante red de contactos de mis anteriores actividades. Sin embargo, en los comienzos todo resultó más difícil de lo que esperaba. Nuestro primer producto exitoso fue una tolva autodescargable. Este implemento nos dio el impulso que necesitábamos, y empezamos a crecer muy rápido. Al poco tiempo nos quedamos sin espacio en la fábrica. Usábamos toda la superficie para producir. Muchas veces, ¡teníamos que atender al cliente en la vereda!

La década infame

La historia de **Ombú** fue, de alguna manera, a contramano de la industria nacional. La empresa nació a comienzos de los '90, cuando estaba a punto de inaugurarse la Convertibilidad, la liberalización comercial y un proceso sistemático de destrucción de nuestra industria.

Fue una década infame donde lo importado sustituía a lo nacional, y donde los servicios y las apuestas financieras y lo especulativo se privilegiaron por sobre

la producción. El resultado fue el desmantelamiento de un tejido industrial que había costado décadas construir.

Parece increíble, pero **Ombú** prosperó en medio de esa debacle. Y esa experiencia también me dejó una enseñanza: cuando una empresa es pequeña, acertar con un producto permite un crecimiento veloz. La tolva autodescargable fue ese acierto. De las doce personas que teníamos cuando empezamos, en la víspera de la crisis de 2001, habíamos llegado a tener unos ciento setenta empleados.

Ombú, hoy

La crisis de 2001 fue un duro golpe, pero la recuperación fue excepcional. El desempeño de **Ombú** depende del campo. Cuando al productor rural le va bien, se equipa y compra máquinas. Por eso, el crecimiento agropecuario de los últimos ocho años, impulsado por una política a favor de lo nacional, nos permitió ganar terreno rápidamente. Fuimos incorporando nuevas máquinas a nuestra oferta. Además, en el año '96, a través de la incorporación a la empresa del Ing. Norberto Siegenthaler, comenzamos a fabricar acoplados y semirremolques, y a fijar la mirada en el mundo.

Nuestras máquinas se usan en Uruguay, Venezuela, Chile, Bolivia, Paraguay, Kazajstán, Rusia, Sudáfrica y Australia, entre otros países. También abrimos una unidad de negocio dedicada a la producción de remolques en Venezuela, y más recientemente en Brasil, de maquinaria agrícola. Hoy, las exportaciones representan un cuarto de nuestras ventas.

La expansión de los últimos años nos obligó a ampliar nuestras instalaciones. Actualmente, **Ombú** tiene ocho plantas productivas en nuestra ciudad y más de veinte talleres de terceros trabajando para ella. Nuestro proyecto a futuro es concentrarnos en el predio del Area Industrial, en una superficie de aproximadamente siete hectáreas, donde ya hemos construido 9.000 metros. Allí ya funciona un moderno sistema de pintado, terminación y entrega de máquinas agrícolas y remolques.

Sin embargo, jamás debemos creer que tenemos “la vaca atada”. El conflicto del campo de 2008 y 2009 y la crisis internacional sirvió para recordarnos que hasta la empresa más sólida puede sufrir serios problemas. Sobre todo, las empresas con una dotación importante de personal como **Ombú**. Cuando las ventas se derrumban, es una estructura difícil de sostener. No sólo es una cuestión de negocios. Nosotros damos empleo a unas trescientas setenta personas, una cifra considerable en una localidad pequeña como Las Parejas. Es una gran

responsabilidad sobre nuestras espaldas. Mucha gente depende de nosotros para su sustento.

Dirigencia empresarial

Además de mis actividades como industrial, también asigné gran importancia a la participación en la dirigencia empresarial. Siempre me he mantenido activo en el Centro Industrial de Las Parejas, y en **ADIMRA**, donde formo parte del Comité de Presidencia. Mi compromiso en el gremialismo empresario me permite encontrarme con mucha gente que comparte mis ideales de defensa del empleo y del valor agregado argentino, con una adecuada y racional protección a la producción nacional.

Creo también que para el bienestar de un país es importante que las empresas sean de capital nacional. No es lo mismo una empresa auténticamente argentina que una multinacional. La empresa nacional echa raíces. La multinacional, no. Como en el cuento de mi maestra, una representa nuestra realidad, la otra es una sombra sobre nuestro futuro. No podemos volver a las políticas de los '90. Tenemos que defender y priorizar lo productivo, que es la base de nuestra prosperidad como país.

El legado

La industria, para mí, no es sólo un trabajo. Es una forma de vida. Por eso, sigo dirigiendo la empresa. Pero ya no como antes, en que casi no salía de la fábrica. Con Marta, tuvimos dos hijos: Luján y Leandro, quien me dio dos nietos. Ellos fueron mi sostén en todo momento.

Leandro, que es Ingeniero Industrial, es quien está posicionado para seguir adelante con la empresa. En los últimos años ha ido asumiendo cada vez mayores responsabilidades. Tenemos un equipo de gente joven, que tendrá la responsabilidad de liderar a **Ombú** hacia el futuro.

Por mi parte, me siento orgulloso de haber cumplido siempre con mis obligaciones y de haber montado esta empresa, a base de esfuerzo y sacrificio. Sabemos que cumplimos un rol social fundamental en dar trabajo a la gente. Por eso, mi deseo y anhelo es que nuestra empresa se siga desarrollando, perfeccionando, que haya armonía, afectos, continuidad, comunicación, reciprocidad y buena relación, tanto en lo familiar, como así también en todo el equipo de trabajo. Quiero que ése sea mi legado.



Orlando, Marta y los nietos.

Además, un ferviente propósito y deseo de que, en un futuro cercano, todo argentino tenga asegurada las cuatro condiciones básicas e imprescindibles que todo ser humano se merece: adecuada atención de la salud, educación igualitaria, vivienda propia y trabajo digno. Espero que **Ombú** sea un eslabón más para alcanzar esta loable meta.